

consiste mi historia? Dependiendo de qué aspectos de mi historia uno seleccione, diferentes historias serán relevantes —la historia de los judíos, la historia de Brooklyn y Nueva York, la historia de los inmigrantes rusos, la historia de las tradiciones filosóficas dentro de las cuales trabajo, etc. Identidades son complejas y siempre inestables, y así son nuestras historias relevantes. Gracia está ciertamente consciente de este punto que estoy articulando. De hecho, él argumenta que para ciertos fines el hecho que uno sea cubano o cubano-americano puede ser más importante que el hecho que uno sea hispano, pero éste no es un argumento que va en contra de la identidad hispana. Estoy de acuerdo, pero esto no es el meollo de mi argumento. Más bien, es que el recurso a la historia o relaciones históricas no es suficiente en sí para justificar el demarcamiento de un grupo de hispanos. No es la historia propiamente que justifica la «unidad» de este grupo de gente. Gracia está apelando, al menos implícitamente, a otras características que justifican la singularización de esta historia como historia distintiva. Pero precisamente, no está claro que son estas características. De hecho, pienso que Gracia está atrapado en un callejón sin salida. Él niega que hay un gru-

po de características o calidades que todos los hispanos comparten. Pero a la vez, él parece apelar a algo así como una «unidad» cuando afirma que la historia hispana es una historia distintiva. Gracia nunca confronta en forma directa las preguntas de cómo circunscribimos y cómo debemos circunscribir esta historia, y por qué? En cambio, él se aproxima a una clase de esencialismo que él critica con tanta efectividad. Considérense algunas de sus oraciones. Él habla de «unidad histórica enraizada en relaciones» (52); «una realidad histórica que nos une» (51); «nuestra realidad» (52); «una red de relaciones históricas concretas» (52); y «nuestra historia» (65). Pero fallo en ver cómo Gracia enfoca su atención en las palabras que he resaltado, o cómo indica las razones por los principios de selección que singulariza la realidad histórica y concreta que distingue a los hispanos de otros grupos. Él quiere eliminar características políticas, territoriales, lingüísticas, étnicas, raciales, y genéticas que sean necesarias para distinguir a los hispanos de otros grupos. Y él piensa que apelar a la historia suministra la «unidad» que él busca. Pero la historia no nos suministra con esta unidad a menos que especifiquemos cómo una historia constituye una unidad.

ETIQUETAS ÉTNICAS SON IDENTIDADES POLÍTICAS

Eduardo Mendieta

Universidad de San Francisco, California

Jorge J.E. Gracia es indudablemente uno de los filósofos hispanos/latinos más conocidos tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. Él fue uno de los fundadores del comité hispano de la aso-

ciación americana de filosofía (*American Philosophical Association*), y su primer presidente. Hay algo, sin embargo, único, para no decir peculiar, con respecto a su reciente libro *Hispanic/Latino Identity: A*

Philosophical Perspective. Él fue entrenado como un medievalista. Sus áreas de investigación, principalmente, son la filosofía del medievo tardío, y el problema de la individuación, un tema central dentro de la ontología y la metafísica en general. Académicos que han sido educados en estos temas y períodos tienden a no sentirse concernidos por temas contemporáneos, la realidad social, y los caprichos de la «política de la identidad». Sin embargo, Gracia ha tomado como tema central algo que podría verse *prima facie* como algo contradictorio a su propia orientación y vocación filosófica. Como él declara en su «prefacio», él no escribe como líder de la comunidad, o un profeta, ni mucho menos como un ideólogo de un movimiento. Él escribe más bien como un «hispano» y un «americano» que se siente preocupado por la fortuna de su nación y su gente, y quien resulta ser un filósofo. Esto es lo que hace este libro novedoso y perspicaz. Gracia no está promoviendo la última moda intelectual. Tampoco compromete su orientación y vocación filosófica tratando de hacerla servir intereses políticos. Gracia desmitifica muchas vacas sagradas, y pone en tela de juicio muchos de los presupuestos de los movimientos de identidad étnica en los Estados Unidos, de nuevo, no porque él tenga su propia agenda política, sino como consecuencia de su honestidad filosófica. De hecho, hay bastante franqueza y todo esto es estimulante, dentro de un tema que en muchos casos se torna pesado y agobiante.

He empezado en este tono casi hiperbólico porque quiero recalcar dos características esenciales de este libro: su peculiaridad y su lucidez. Ambos aspectos fueron grandes fuentes de placer personal. De hecho, tenemos aquí un filósofo que por educación estaría vacunado contra las modas filosóficas tratando uno de los temas más de moda en los Estados Unidos,

para no decir en el mundo, a saber, el tema de la identidad étnica y su relación tanto con la cultura como con la política. Del otro lado, tenemos aquellos que han tenido la fortuna y el placer de estudiar otros de sus textos, se deleitarán viendo cómo Gracia despliega sus habilidades analíticas y argumentativas para despejar tantas confusiones que han surgido alrededor de la temática *ethnic identity*. El respeto y la apreciación, sin embargo no previenen la crítica. La crítica, a su vez, no consume el conocimiento. A pesar de las críticas que uno pueda enunciar, uno está seguro de abandonar este libro habiendo aprendido mucho.

Antes de proceder a discutir algunos problemas o preocupaciones que este libro ocasiona, creo que sería útil dar una breve descripción de la estructura del libro. Éste contiene siete capítulos. Cuatro de ellos tratan sobre la cuestión de qué es lo «hispano». Tres tratan sobre la temática de la relación entre la filosofía y la hispanidad. Los cuatro que tratan del tema de lo hispano, cada uno trata con las siguientes preguntas: 1) ¿Cómo nos debemos llamar —debe ser entendido que este Nosotros se refiere a los hispano-americanos, o ciudadanos y residentes de los Estados Unidos de origen latinoamericano latinos, hispanos, iberoamericanos, o nombres nacionales, como cubano, colombiano? 2) ¿Cuál es la relación entre el asignar un nombre a un grupo y la identidad cultural y étnica, y la necesidad que estos mismos grupos tienen de afirmar su propia identidad mediante la construcción de sus propias etiquetas? 3) ¿Cuáles podrían ser las fuentes o la fundación para una identidad cultural, o simplemente para la constitución de una auto-denominación, cuando raza, lenguaje, e inclusive religión, fallan o están ausentes como elementos en común? 4) Finalmente, Gracia torna su mirada filosófica a la historia misma de la emer-

gencia de las gentes hispánicas que surgen de encuentros intercontinentales, invenciones míticas, y *mestizaje*. La segunda parte del libro gravita alrededor del eje de la relación entre hispanos y filosofía, y por qué ambos han sido exilados del canon filosófico, al menos en la parte Norte del Continente Americano. Por ejemplo, el sexto capítulo pregunta si existe una filosofía latinoamericana. El último capítulo discute en detalle el tema de la NO presencia de los latinos/hispanos dentro de la disciplina de la filosofía en la academia norteamericana. En fin, este es un libro muy amplio y rico. Está lleno de muy buenos argumentos, tipologías que son claras y útiles para la pedagogía y reconstrucciones históricas que se han hundido en las arenas del olvido pero que hoy son indispensables, e inclusive propuestas para agendas de investigación y reformas curriculares en las universidades.

Ahora discutiré mis críticas. Me enfocaré solamente en una crítica, en otros lugares y ocasiones ya he desarrollado otras observaciones críticas. Sencillamente enunciada, mi crítica concierne a la relación que existe entre la etiquetas étnicas y la política, la cual siempre es localizada y profundamente sobre-determinada por factores materiales e históricos. De hecho, una de las preocupaciones que el trabajo de Gracia suscita en mí, es la forma en que él ha globalizado el término *hispanic*. A esto se debe el título de mis comentarios: el nombramiento y bautizo por medio de la marca étnica siempre tiene una dimensión política. Yo discierno un empuje no intencionado, pero igualmente sospechoso, que proyecta un nombre y lo que algunos llaman peyorativamente un rubro burocrático de censo, sobre personas y gentes que ni lo esperan ni les concierne. Uno de los argumentos esenciales del libro es que nos debemos llamar *hispanos*, a diferencia de llamarnos latinos o

chicanos, o simplemente cubanos, colombianos, etc. Ésta es la respuesta a la pregunta: ¿Qué nos debemos llamar? Pero, ¿por quién y en nombre de quién? hace esta pregunta Gracia? Él está claramente y sin equivocación respondiendo una pregunta que los hispanos/latinos en los Estados Unidos se están haciendo, día a día con mayor urgencia? ¿Son ellos, los hispanos/latinos quienes están tratando de forjar una nueva identidad vis-à-vis otros grupos que también son internamente diversos e heterogéneos, quienes se hacen la misma pregunta pero que tienen razones socio-económicas y políticas que a veces entran en conflicto y a veces entran en armonía y proporcionan el mismo tipo de razones que los hispanos/latinos tienen? La pregunta que Gracia está respondiendo, entonces, no es una pregunta que la mayoría de los latinoamericanos se preguntan con la misma urgencia que nosotros la hacemos en los Estados Unidos. De hecho, se preguntan los colombianos, los peruanos, los cubanos, etc.: ¿cómo nos debemos llamar? De día a día, ellos son colombianos, peruanos, cubanos, etc. Ocasionalmente, ellos hacen reclamaciones sobre una identidad latinoamericana, y solamente en muy raras ocasiones hacen reclamaciones sobre una identidad española. En mayor parte, el termino hispano es un poco extraño y forzoso.

El «¿quién?» y el «¿por qué?» no son temas explícitos del libro, a pesar de que hay un capítulo dedicado al tema del poder que surge del proceso de auto-nombrarse (éste es el capítulo dos, que a pesar de todo es un capítulo muy perspicaz e informativo). Creo que la falta de atención a estas preguntas por Gracia resulta en un olvido del contexto muy específico de los Estados Unidos para esta clase de preguntas, y a la vez, resulta en que Gracia, por descuido y sin premeditación, les monte en los hombros a los latinoameri-

canos una identidad que ellos, por decirlo sin alarma, no están ansiosos de abrazar o tomar como bandera abrigadora. En ambos casos, las consecuencias son desastrosas. Tomo personalmente la cuestión de los hispanos/latinos en los Estados Unidos como algo extremadamente importante y urgente. Los hispanos/latinos constituyen aproximadamente trece por ciento de la población del país. Constituímos la «minoría» más numerosa, y la que está creciendo con más rapidez. La oficina del censo proyecta que un cuarto de la población del país será constituida por hispanos/latinos para mediados de este nuevo siglo. Estas son estadísticas sorprendentes, pero aun más sorprendentes son las estadísticas negativas, o de números en rojo, que esta explosión demográfica implica. Los hispanos/latinos son y serán los más jóvenes, los más carentes de educación de secundaria y postgrado, los que poseen menos capital social. Se puede continuar así. Lo que veo perfilándose en el horizonte es una nueva *underclass*, un mal social nuevo.

Por razones muy específicas de los Estados Unidos (una economía basada en la esclavitud, inmigración, marginación de nuevos grupos inmigrantes, etc.) una de las formas en que la desigualdad social ha sido tratada, al menos desde el *New Deal* y la *Good Society*, es mediante los discursos de identidad étnica y racial. El estado de bienestar social emergió originalmente como estructura estatal para aliviar las penas y los apuros que agobiaron a la clase obrera concomitantes de la anarquía del capitalismo. En los Estados Unidos, durante las décadas de los sesenta y setenta, el discurso acerca del estado de bienestar social fue captado por y asimilado dentro del discurso de los derechos civiles. Posteriormente, entonces, el estado de bienestar social estaría a cargo de remediar las desigualdades dadas a diferencias étnicas y ra-

ciales por medio de la distribución de recursos sociales, los cuales son reclamados en base a identidades étnicas y raciales. En otras palabras, en tanto que el estado de beneficio social está orientado a reparar y eliminar las desigualdades sufridas por grupos dadas las identidades que les fueron impuestas, ahora sus reclamos por acceso a beneficios y recursos sociales tienen que hacerse con referencia a estas identidades. Formulado de tema diferente si uno pretende acceso al poder político y económico, uno tiene que enunciar ciertas afirmaciones de identidad las cuales entonces lo autorizan a tales beneficios. En los Estados Unidos, entonces, la distribución de beneficios y riquezas sociales está directamente encadenada al «reconocimiento». Es por esta razón que en los EE.UU. tenemos unas culturas de identidad tan beligerantes y atrincheradas. Y es por esta razón que los hispanos/latinos están involucrados en la clase de debate en el cual Gracia ha intervenido en forma tan luminosa.

El problema, sin embargo, es que el estado de bienestar social está siendo atacado. Su capacidad para remediar, parar y además de retrotraer las desigualdades sociales está en duda y bajo sospecha. Para hacer eco de un libro por Christopher Lasch, los ricos se han rebelado. A la vez, la política de identidad se ha hecho extremadamente sospechosa. Nuestra sociedad, en los EE.UU., se ha hecho escéptica y cínica respecto de afirmaciones de identidad, especialmente de aquéllas que supuestamente autorizan a quienes las hacen a cualquier clase de beneficio social.

Simultáneamente, de un lado tenemos la realidad latinoamericana y del otro la realidad española. Creo que los problemas de España son de una índole enteramente diferente que aquellos que torturan a Latinoamérica. España fue un imperio mundial por cerca de dos siglos, posteriormente se convirtió en una nación europea de

segunda clase, excluida del proyecto Europeo, marginada a la barbarie, como decía Leopoldo Zea. Como tal, fue políticamente retrógrada, y un punto culturalmente indecisa. Latinoamérica está agobiada y cargada por una lista de problemas interminables: inmadurez política como consecuencia de la atrofia de su esfera civil, y que ha resultado de intervenciones coloniales e imperiales constantes, esquizofrenia cultural, y una necesidad maníaca de crear identidad por medio del mestizaje. Dentro del espacio de este pequeño escrito no puedo sino insinuar la lista de la clase de problemas tan diferentes que confrontan a cada sociedad, la latinoamericana y la española. Pero trataré de resumir lo que yo tomo como las diferencias centrales entre estos tres grupos. Los hispanos/latinos confrontan una serie de problemas sociales como minorías étnicas en un contexto en el que estas identidades se han convertido en etiquetas obsoletas, o donde tal vez ya se han hecho anacrónicas totalmente. Paradójicamente, los latinoamericanos confrontan problemas de construcción de estado nacional dentro de naciones que en muchos casos son más viejas que las naciones europeas, la búsqueda del desarrollo económico bajo la carga de patriotismos anacrónicos que proveen la única forma mediante la cual los ciudadanos puedan actualizar su ciudadanía. Los españoles, de otro lado, que han logrado un sentido bastante estable de nación-estado, están atravesando un período

difícil en el cual están forjando una nueva identidad cultural y nacional; esta es una identidad que quiere y debe situarse más allá del totalitarismo que se orienta hacia un patriotismo de la constitución, para hacer eco de Habermas. Estas diferencias y contextos tan radicalmente diferentes no pueden ser analizados con justicia y precisión bajo una etiqueta que generaliza y nivela en forma tan exorbitante. A lo menos, proyectar el término «hispano» sobre todas estas gentes que por razones históricas comparten ciertas «semejanzas de familia», puede acabar en el vaciamiento de un término que puede tener gran utilidad estratégica en la política en contextos muy circunscritos y específicos. Me refiero concretamente al contexto de más de treinta millones de gentes descendientes, en una forma u otra, de gentes latinoamericanas, quienes por estas razón también comparte la pena y carga de la opresión racial, étnica y cultural que los han hecho una clase de ciudadanos de segunda clase en los Estados Unidos. A lo peor, la mundialización de esta etiqueta étnica puede convertirse en una «reconquista» lanzada sobre Latinoamérica y la Península Ibérica, desde los Estados Unidos por exilados, despatriados y desterrados. Evidentemente, filosóficamente e históricamente, hay una gran ironía y una lección que aprender en esta postura argumentativa. Existencial, política, y culturalmente, sin embargo, es profundamente cuestionable.